

1212: En busca de la Jerusalén celestial

LAS CRUZADAS DE LOS NIÑOS

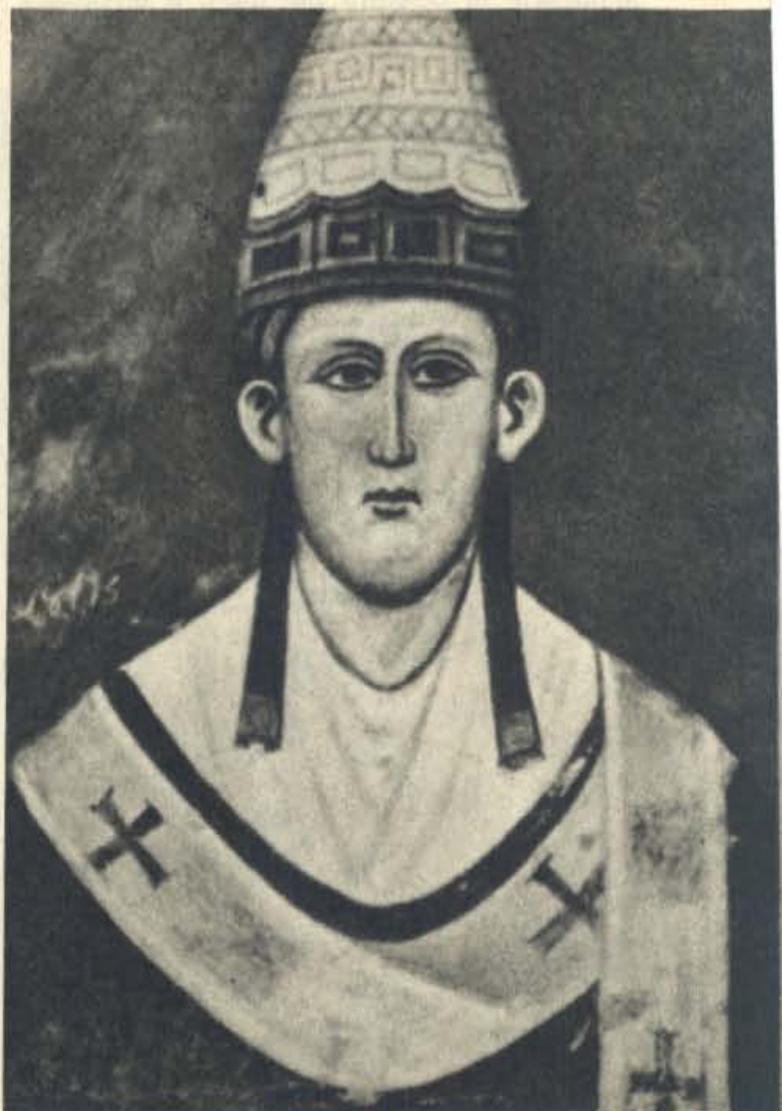
JACOBO BLANCO CICERON

El Imperio de Bizancio desaparece —bien que parcial y temporalmente— cuando los treinta y cuatro mil soldados de la cuarta cruzada abaten, en 1204, las puertas de la dorada Constantinopla del basileus Alejo, someten a la capital al mayor saqueo que registra la Edad Media y entronizan a Balduino, conde de Flandes, como primer soberano del Imperio Latino de Oriente. Y en tanto que los cristianos guerrean entre sí, Jerusalén, así como la Tierra Santa, para cuya liberación se habían organizado cuatro cruzadas sucesivas, continúa en poder del infiel.

LA sensación de fracaso que determina esta guerra de rapiña es la que llena los campos y ciudades de Europa de vagabundos, predicadores, visionarios, falsos profetas, que hacen constantes llamadas a las armas, reavivando el recuerdo de la gran miseria que padece la Tierra Santa por culpa de los inmensos pecados de la cristiandad. Un hombre anuncia a gritos que el Anticristo es ya adulto a principios de 1212, año en que el Papa Inocencio III ordena procesiones generales para el domingo de la octava de Pentecostés, con el fin de obtener del cielo la paz universal y el triunfo de las armas cristianas en España, azotada por la invasión almohade (la victoria será alcanzada en el mes de julio, en la batalla de las Navas de Tolosa, y abrirá a los castellanos las puertas del Sur).

Pero aún no ha llegado la Pascua cuando

LAS CRUZADAS DE LOS NIÑOS FUERON UN TRAGICO TESTIMONIO DEL FANATISMO RELIGIOSO MEDIEVAL. EN EL GRABADO DE LA IZQUIERDA —ORIGINAL DE GUSTAVO DORE— VEMOS LA PARTIDA DE UNA DE LAS EXPEDICIONES INFANTILES; A LA DERECHA, EL PAPA INOCENCIO III, QUIEN, EN SUS DIECIOCHO AÑOS DE PONTIFICADO, PREDICO, BENDIJO E INDULTO TRES CRUZADAS DISTINTAS.



aparece en Cloyes —pueblecito francés cercano a Vendome— un pastorcillo de unos doce años llamado Esteban que obra prodigios. Al volver de una procesión, el rebaño de ovejas que ha dejado abandonado y disperso se reagrupa y arrodilla ante él; y lo que es más: Cristo, disfrazado de peregrino, se le ha aparecido y ha aceptado su pan; a cambio, le ha entregado cartas dirigidas al Rey de Francia y le ha urgido a que predique la cruzada. El chiquillo, al que se une un tropel de pastores de su misma edad, acude sin vacilación a Saint Denis, donde el Rey Felipe Augusto ha instalado su corte. Allí se operan nuevos milagros. El monarca, antes de tomar una decisión, consulta con los profesores de la Universidad de París sobre las posibles causas de tan extraña afluencia de gente menuda. Ambos —teólogos y soberano— vieron sin duda en aquel fenómeno algo contrario a las buenas costumbres, ya que los niños recibieron orden de volver a sus casas. Parece ser que fue el estamento eclesiástico el más interesado en que la ordenanza se cumpliera, pero se encontró con la oposición terminante del pueblo —en algunos casos, violenta—, que achacaba la postura del clero a envidia y avaricia (envidia, porque los niños se prepa-

raban para una misión en la que los adultos habían fracasado repetida y clamorosamente; avaricia, porque las dádivas de los fieles iban a parar a los niños en vez de a la Iglesia).

Mientras Esteban predica en Saint Denis tienen lugar en otras provincias francesas acontecimientos similares: surgen niños capaces de realizar portentos y son rodeados inmediatamente por una legión de seguidores. No obstante, cada uno de estos grupos reconocerá la superioridad carismática de Esteban y se pondrá en marcha para unírsele. Una vez juntos continúan en procesión hacia el Sur portando estandartes, velas, cruces, incensarios, zurrones y bordones, y cantando en francés sus letanías: "Señor Dios, exalta la cristiandad; Señor Dios, devuélvenos la Vera Cruz". Cuando se les pregunta adónde pretenden ir, responden: "A Dios". Viviendo de la caridad pública iban atravesando ciudades, pueblos, aldeas y fortalezas en dirección al Mediterráneo. Esteban, tras cuyo estandarte caminaban todos, viajaba en un carro elegantemente adornado, bajo un baldaquino. Al enjambre de chiquillos que le seguía no tardó en unirse una heterogénea multitud





LAS CRUZADAS A TIERRA SANTA, JUNTO CON LA RECONQUISTA ESPAÑOLA Y LA EXPANSION ALEMANA AL ESTE DEL ELBA, CONTRIBUYERON A «RESOLVER» EL PROBLEMA DEL EXCESO DE POBLACION EUROPEA EN LOS SIGLOS XI A XIII. VENOS EN EL MAPA DE LA IZQUIERDA —EXTRAIDO DEL LIBRO «LOS CABALLEROS DE LAS CRUZADAS»— LAS RUTAS SEGUIDAS POR LOS PEREGRINOS-COMBATIENTES, CUYA META SOLIA SER JERUSALEN, LO QUE APARECE SIMBOLICAMENTE REPRESENTADO EN LA MINIATURA VENECIANA DE FINALES D^{ta}. SIGLO XIII QUE FIGURA SOBRE ESTAS LINEAS.



LA INFLUENCIA DE LA IGLESIA EN LA SOCIEDAD MEDIEVAL ERA TOTAL Y ABSOLUTA. BAJO SU INSPIRACION SE LLEVARON A CABO LOS DIVERSOS INTENTOS DE RECONQUISTAR TIERRA SANTA. EN ESTA IMAGEN DE UN MANUSCRITO, QUE REPRESENTA A SAN LUIS, REY DE FRANCIA, PARTIENDO PARA LA SEGUNDA CRUZADA (JULIO DE 1270), TAL INFLUENCIA APARECE VISIBLE.

CRONOLOGIA DE LOS PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS EN LA EPOCA DE LAS CRUZADAS

- | | | |
|---|--|---|
| <p>1095: En el Concilio de Clermont, el papa Urbano II proclama la Primera Cruzada.</p> <p>1098-99: Primera Cruzada: Victoria de Dorileo y conquista de Antioquía y Jerusalén.</p> <p>1144: Reconquista de Edesa por el emir de Mossul, lo que origina la Segunda Cruzada.</p> <p>1147-49: Segunda Cruzada: Derrotas de Dorileo y Laodicea, y fracaso en el intento de tomar Damasco y Ascalón.</p> <p>1184: El papa Lucio III crea las bases de la Inquisición.</p> <p>1187: Reconquista de Jerusalén por Saladino tras la batalla de Hattin.</p> <p>1189-92: Tercera Cruzada: Conquista de Acre y de la franja costera entre Tiro y Jaffa.</p> <p>1193: Nace San Alberto Magno.</p> <p>1194: Se recomienza la catedral de Chartres, primer monumento del gótico después de la abadía de Saint-Denis.</p> <p>1197: La muerte del emperador Enrique VI de Alemania reduce su cruzada privada a la conquista de una franja costera junto a Antioquía.</p> <p>1198: Inocencio III accede al solio pontificio.</p> <p>1202: El nuevo papa —Inocencio III— convoca la</p> | <p>Cuarta Cruzada, cuyos caudillos, tras la conquista de Constantinopla (1204), se reparten el Imperio bizantino.</p> <p>1209: Cruzada contra los albigenses.</p> <p>1212: Cruzada de los niños. Batalla de las Navas de Tolosa.</p> <p>1215: Inocencio III convoca el IV Concilio de Letrán, en el que se crea la Inquisición episcopal. La nobleza arranca a Juan I Sin Tierra de Inglaterra la concesión de la Carta Magna.</p> <p>1216: Honorio III sucede a Inocencio III. Santo Domingo de Guzmán funda la Orden de los Dominicos.</p> <p>1223: Honorio III confirma la Orden Franciscana.</p> <p>1225: Nace Santo Tomás de Aquino.</p> <p>1228: Quinta Cruzada: Federico II, emperador de Alemania, obtiene Jerusalén, Belén y Nazaret.</p> <p>1229: Fin de la cruzada contra los albigenses.</p> <p>1231: Gregorio IX crea la Inquisición papal, y se la confía a los dominicos, que la ponen en funcionamiento en Alemania.</p> <p>1249: Sexta Cruzada: Luis IX de Francia toma Damietta y cae prisionero</p> | <p>en Mansura con todo su ejército.</p> <p>1252: La bula <i>Ad extirpanda</i>, de Inocencio IV, instaura la tortura en el procedimiento inquisitorial.</p> <p>1259: Tras la Paz de París, San Luis de los Franceses se convierte en el monarca más poderoso de Occidente.</p> <p>1261: Miguel VIII Paleólogo, aliado con la flota genovesa, conquista Constantinopla. Fin del Imperio latino de Oriente. Génova desplaza a Venecia como potencia mercantil hegemónica. Se restaura el Imperio de Bizancio bajo los Paleólogos.</p> <p>1264: Enrique III de Inglaterra, tras ser derrotado por la baja nobleza en Lewes, acepta la constitución de un Consejo de regencia y de un Parlamento.</p> <p>1270: Séptima Cruzada: Una epidemia de peste diezma al ejército cruzado de San Luis en Túnez.</p> <p>1291: Los mamelucos reconquistan San Juan de Acre, último baluarte cristiano en el Levante. Los cruzados evacúan Tiro, Beirut y Sidón. Chipre se mantendrá bajo la casa francesa de Lusignan hasta 1489, y Rodas, bajo la Orden de San Juan, hasta 1523.</p> |
|---|--|---|

—que llegó a ser evaluada en treinta mil almas—: chicos, chicas, mujeres casadas, viejos, numerosos clérigos y hasta sacerdotes; todos aquellos que habían sido rechazados por las últimas cruzadas y muchos más.

Las fuentes (y sólo en el siglo XIII hay sesenta crónicas que mencionan el acontecimiento) no se ponen de acuerdo acerca del final que tuvo el movimiento. La mayoría guarda silencio sobre este punto; una dice que la romería se disolvió cuando el Rey así lo quiso; otra, que fue el hambre la que les obligó a ello; una tercera asegura que "al final, su viejo enemigo Satán se conjuró contra ellos y todos perecieron en la tierra o en el mar". Pero todas aquellas que responsabilizan al diablo de la suerte que corrieron los pequeños cruzados, tienen

le condujesen a todos los niños del reino de Francia; y los dos clérigos, con promesas y prestigios mágicos, habrían atraído a los desgraciados hacia esta falsa cruzada".

Sólo hay una crónica —por más que haya sido motejada de legendaria— que relate cómo se desarrolló la peregrinación: la de Alberico Tres Fuentes, según la cual, la cruzada de los niños tomó el camino a Marsella para embarcar desde allí a Tierra Santa. Una vez en esta ciudad, dos mercaderes, Hugo el Hierro y Guillermo el Cerdo, les ofrecieron llevarlos gratis a Palestina, por tratarse de una "causa santa". Los peregrinos se hicieron a la mar a bordo de siete grandes bajeles, pero, a los dos días de navegación se levantó una tremenda tempestad, y dos navíos se estrellaron con-



MINIATURA DEL SIGLO XIV, PERTENECIENTE AL «ESTATUTO DE LA ORDEN DEL ESPIRITU SANTO», EN LA QUE CONTEMPLAMOS EL EMBARQUE DE ARMAS Y PROVISIONES QUE ACOMPAÑABAN A LOS CRUZADOS EN SUS EXPEDICIONES CONTRA LOS «INFIELES».

el defecto de no ser contemporáneas de los hechos. Este es el caso de Roger Bacon, que escribe varios decenios después; o el de Tomás Fuller, en cuya "Guerra Santa", que es cuatro siglos posterior, puede leerse: "Fue hecho por instigación del diablo, que deseaba un cordial de sangre de niño para confortar su delicado estómago, demasiado saciado de digerir hombres". Otros, por último, se contentaron con sustituir al demonio por un "coco"; tal es el caso de Vincent de Beauvois, según quien "se contaba que el Viejo de la Montaña, el jefe de los asesinos, había prometido la libertad a dos clérigos que tenía prisioneros a condición de que

tra la roca llamada de Reclus, en la isla de San Pedro, al sur de Cerdeña. En memoria de este naufragio, del que no hubo supervivientes, Gregorio IX (Papa desde 1227 hasta 1241) erigió una capilla en dicha isla, dedicándola a los "nuevos inocentes".

Las otras cinco embarcaciones llegaron a Bujía y Alejandría, donde los viajeros fueron vendidos como esclavos. El Califa compró cuatrocientos, todos ellos clérigos, entre los cuales había ochenta sacerdotes (elección que la crónica explica diciendo que el Califa tenía en gran estima al clero francés porque él mismo había estudiado en París disfrazado de clérigo). Dieciocho de ellos fueron

torturados hasta la muerte, porque rehusaron abjurar del cristianismo, pero del resto ninguno se convirtió en apóstata, y fueron educados con toda la tolerancia que cabía emplear con la servidumbre.

El Emperador Federico II negoció con el Sultán Al-Kamil, en 1229, la liberación de los peregrinos, pero en vano. Un año después, uno de los clérigos logró, tras dieciocho años de cautiverio, evadirse y llegar a Europa, donde manifestó que en poder del gobernador de Alejandría permanecían setecientos cautivos.

De toda esta crónica se obtiene sólo una satisfacción que, para colmo, es, por decirlo así, póstuma: los dos mercaderes marseleses fueron colgados al descubrirse su pretensión de entregar al Emperador Federico a los sarracenos, no se sabe por qué medios. En cuanto a Esteban no se vuelve a oír hablar de él después de 1212.

En la Pascua de ese mismo año tuvo lugar en la Renania una curiosa migración: un elevado número de niños abandonan sus arados, sus ganados y sus carretas para acudir en tropel, y sin necesidad de intermediarios taumatúrgicos, hasta Colonia, donde un chiquillo de la misma edad que Esteban, llamado Nicolás también, dice haber tenido visiones. Le saludan como a su jefe y maestro, y todos juntos, aunque de forma menos procesional que en Francia, se ponen en marcha hacia el Sur, siguiendo la orilla izquierda del Rin. Entonando salmos que suenan como "cantos de remeros" la tropa engrosa sin cesar: hay en ella desde niños de pecho hasta hombres y mujeres, muchos de los cuales se han sumado a la peregrinación movidos tan solo por intenciones deshonestas (uno de estos maleantes es colgado en Colonia).

La caravana dejó atrás Spira alrededor del 25 de julio, y Nicolás alcanza Piacenza, después de atravesar Suiza y cruzar los Alpes por Saint Denis, el 20 ó 21 de agosto. Muchos niños perecieron en los bosques o en lugares desiertos abatidos por el calor, el hambre o la sed; otros fueron retenidos como siervos por los naturales de los países que atravesaban; otros fueron despojados por salteadores y emprendieron el camino de regreso. De las veinte mil personas que tenía el grupo de Nicolás, no había más de siete mil cuando llegó, el sábado 25 de agosto a Génova. A lo largo del camino, mientras pisaron tierra alemana, las dádivas de la gente, bien que mal, les sostuvieron.

Pero todo cambió cuando entraron en Italia. Los genoveses, a través de su **podestá**, les intimaron a abandonar la ciudad en el más breve plazo posible. Se temía que provocasen un encarecimiento del grano, pero, sobre todo, que comprometieran la defensa de la ciudad en el caso de que el Emperador, con quien Génova estaba en guerra, les atacara de improviso. Alguna crónica habla de que unos cuantos, decepcionados porque el mar no se abriese a su paso —tal como ellos (y también los franceses) habían soñado— decidieron embarcarse en dos naves, de las que nunca más se supo. Otra crónica habla de que marcharon a Venecia, que "es una ciudad que está junto al mar, y allí algunos fueron embarcados en bajeles y raptados por piratas para ser vendidos a los sarracenos". El resto, guiado por Nicolás, llegó a Roma; pero allí no fueron dispensados de tomar la cruz, excepto los que aún no habían alcanzado uso de razón y los demasiados viejos; a los demás se les permitió posponer su voto de cruzada.

Un cronista puso en boca del Papa Inocencio III la siguiente exclamación: "¡Qué vergüenza para nosotros estos niños!, porque mientras nosotros dormimos, ¿no pretenden ellos recobrar la Tierra Santa?". Desde entonces se discute acerca de cuál fue la verdadera actitud del Pontífice hacia la cruzada de los niños. La verdad es que toda la Edad Media, probablemente, no hay nadie tan entusiasta de la cruzada —ya sea a Tierra Santa, ya en España, ya contra la herejía albigense— como el Papa Inocencio, pero eso no equivale necesariamente a que fuese incapaz de enternecimiento ni que en su mente de organizador y jurista cupiese la insensata idea de aprobar, siquiera indirectamente, una cruzada compuesta casi exclusivamente de niños, tal como parece sugerir la frase que se le atribuyó. Probablemente es cierto que intentó repatriar al mayor número posible de chiquillos y que los cardenales que llegaron a Treviso para impedir el embarque de peregrinos fuesen enviados suyos.

Los que regresaron a sus casas lo hicieron en el mayor abandono y necesidad. Solos, o en pequeños grupos, descalzos, remontan los Alpes en octubre o noviembre. El hambre y el frío hacen caer a centenares. "Muchos de aquellos pequeños —dice una crónica— yacían muertos de hambre en las aldeas y las plazas públicas, y nadie les daba sepultura". Todas las puertas se cie-



LAS PARTIDAS A TIERRA SANTA SE EFECTUABAN, LOGICAMENTE, POR VIA MARITIMA. MUCHAS DE ELLAS, COMO SUCEDIO EN LAS PROPIAS CRUZADAS DE LOS NIÑOS, DESAPARECIAN EN ALTA MAR, VICTIMAS DE LOS ELEMENTOS ATMOSFERICOS Y DE LA ESCASA CONSISTENCIA DE LOS BARCOS («NAVE CON CABALLEROS ARMADOS», MINIATURA DEL SIGLO XIII).

rran a su paso, incluso las de aquellas gentes que a su ida les auxiliaban y animaban. Los muchachos vuelven en la mayor vergüenza y desilusión; las muchachas, mancilladas y en el mayor desamparo; todos ellos, objeto de irrisión y escarnio. Algunos debieron de llegar a sus hogares. Otros se dispersaron por Italia, y allí se quedaron. Otros, probablemente de origen noble —que también los había, aunque la mayoría estuviere formada por hijos de campesinos y sirvientes—, encontraron acomodo en casa de alguna familia italiana, de la que llegaron a formar parte. Hubo, por último, quienes cumplieron, al cabo de los años, con su voto de cruzada: este fue el caso de Nicolás, que, en 1249, participó heroicamente en la conquista de Damietta.

Esta fue la primera vez que una cruzada de niños se puso en camino para conquistar pacíficamente la Tierra Santa. En cambio, en muchas ocasiones se vio a niños tomar las armas y combatir al infiel. Ello no debe extrañarnos, porque hasta el romanticismo el niño no fue ese ser débil e idealizado que es en la actualidad, cuando dispone hasta

de una Declaración de Derechos de rango universal (aunque, por supuesto, ésta no le evite el seguir yendo a la guerra). La Edad Media aprecia en el niño cualidades que hoy consideramos crueles y hasta patológicas; y, caso de no ver en él virtudes propias de adultos, entonces le ignora. Esto es lo que sucede en el arte románico, en que el niño es simplemente un adulto reducido. La morfología del cuerpo infantil no se descubrirá precisamente hasta el siglo XIII, con el nacimiento del gótico, época en que también comienzan a proliferar los tratados de pedagogía.

Pero esta revalorización del niño no se produjo de golpe. En el siglo anterior, un visionario, Joaquín de Fiore, hablaba de la necesidad de repetir a los maestros de escuela las palabras evangélicas: "Te alabo, oh Padre, porque ocultaste estas cosas a los sabios y a los inteligentes y las revelaste a los niños". Pero también un teólogo oficial, canciller de Canterbury, Pierre de Blois, exalta a "los pobres, los más débiles", que "tendrán el reino de Dios y la Tierra Santa, la doble Jerusalén, terrestre y celeste. Para



«BATALLA ENTRE CABALLEROS CRUZADOS Y BARRACENOS AL PIE DE LOS MUROS DE JERUSALEN», MINIATURA DEL SIGLO XV —INCLUIDA EN LA «HISTORIA DE SANTA ELENA», DE JEAN WALQUELIN— QUE COMUNICA FIELMENTE LA CRUELDAD Y DUREZA DE LOS COMBATES MANTENIDOS POR LA CONQUISTA DE LOS TERRITORIOS SACRADOS.

socorrer su heredad, Dios ya se ha servido de criados y de mujeres”.

¿Y qué son la mayoría de los que se unen a Esteban de Cloyes y a Nicolás de Colonia, sino pequeños sirvientes y mujeres? ¿Y acaso en aquel mismo año de 1212 no hubo en la Renania manifestaciones de mujeres desnudas y silenciosas que esperaban el fin de los tiempos? Y entre la secta de los Apóstoles, de Gerardo Segarelli, ¿no se elevaba a un niño a los púlpitos de las iglesias de Ferrara y de Rávena y se tomaban sus balbuceos como expresión de la piedad suprema? De ahí que de todas las devociones medievales la más significativa, realista y concreta sea la de los Santos Inocentes, de la que la cruzada de los niños no fue sino una manifestación. “Por medio de estos nuevos Inocentes parecía que Dios quiso hacer algo grande y nuevo”, dice una crónica. Y el hecho de que hubiera niños de coro —“inocentes”, en sentido litúrgico— en la cruzada es lo que mejor puede explicar la presencia en ella de clérigos y hasta sacer-

dotes, que irían para acompañarlos y protegerlos.

Las cruzadas de los niños —así como los numerosos acontecimientos anteriores y posteriores con que pueden legítimamente emparentarse— son, sin duda, una rica mina de sugerencias para el estudioso del folclore o la taumaturgia medievales, incluso para el antropólogo. Estos especialistas ya han agotado, de hecho, buena parte del filón. Sin embargo, nadie parece excesivamente interesado en centrar el tema en su contexto social y económico, a pesar de que un análisis del mismo podría ayudarnos en buena medida a comprender cómo llegaron a producirse acontecimientos como los descritos. Para situar el tema mínimamente habría que comenzar por decir que la historia de las cruzadas no es, en definitiva, más que una parte de la expansión europea entre los siglos XI y XIII. En este período, la faz de Europa fue transformada por un intenso movimiento de población motivado por un fuerte crecimiento demográfico, que



ENTRE LAS «COSTUMBRES» MAS TÍPICAMENTE MEDIEVALES SE HALLABA LA DEL SAQUEO A LAS CIUDADES CONQUISTADAS, HABITO QUE HICIERON SUYO LOS CRUZADOS. ASISTIMOS A UNO DE ESTOS SAQUEOS, SEGUN LA IMAGEN QUE DE EL NOS DA LA «HISTORIA DE LAS CRUZADAS», DE GUILLAUME DE TYR, OBRA CLASICA DENTRO DEL TEMA.

hizo pasar al censo europeo de los 42 millones del año 1000 a los 73 millones del año 1300. Fue precisamente entre 1150 y 1200 cuando se registró una aceleración más fuerte (de 50 a 61 millones). En alguna región, como las llanuras de Normandía —es decir, de donde partió la cruzada francesa—, la densidad de población era tan grande como lo es en el siglo XX, sólo que las técnicas productivas eran, claro está, muy inferiores.

En cuanto a esa otra región más vasta de la que partieron las dos cruzadas infantiles, la comprendida entre el Sena y el Rin, no está de más señalar que, probablemente por tener un régimen urbano más antiguo y una clase obrera más numerosa —sostenida por el comercio y la industria de exportación— fue escenario del mayor número de levantamientos populares a lo largo del siglo XIII, señal de que en ella la lucha por la vida y los conflictos a que ésta da lugar revestían una mayor gravedad. En definitiva, emigración —y las cruzadas no son otra

cosa— y levantamientos son, en este caso concreto, dos caras de una misma moneda, que yo llamaría superpoblación.

El hecho de que estos fenómenos expansivos a que daba lugar la saturación demográfica estuviesen revestidos de ideología, no añade nada al caso. En la Historia de la Humanidad las necesidades más elementales siempre se han disfrazado con el ropaje de las más bellas palabras. Y las cruzadas no fueron, ni mucho menos, una excepción. ■ J. B. C.

BIBLIOGRAFIA

- MARCEL SCHWOB: "La Cruzada de los niños" (relatos); Tusquets Editor. Barcelona, 1971.
- P. ALPHANDERY: "Les Croisades d'Enfants"; Revue de l'histoire des religions; enero-febrero 1916, tomo 63.
- A. MUNRO: "The Children's Crusade"; The American Historical Review; tomo 19, octubre 1913-julio 1914.
- JACQUES LE GOFF: "La Baja Edad Media"; Historia Universal Siglo XXI; Siglo XXI de España Editores, S. A.
- LEOPOLD GENICOT: "Europa en el siglo XIII"; Colección Nueva Clio; Ed. Labor, S. A. Barcelona, 1970.